



Ya no es lo que era

Llegar a la cima del monte, detenerse junto a la cruz de hierro y aspirar el aroma de las montañas. Descalzarse, correr por el prado bajo el sol y caer al suelo riendo, revolcándose entre la hierba perfumada. ¡Cuántos veranos han pasado desde entonces! ¡Cuántos recuerdos congelados en esa fotografía que llevo siempre en mi cabeza, en la que Sebastián y yo éramos solamente unos niños traviosos y sedientos de aventuras! Hace siglos que nuestras vidas tomaron rumbos distintos y no he vuelto a verle desde el día de su boda, pero siempre me acuerdo de él cuando piso este lugar. Me gusta volver al pueblo que nos vio nacer, aunque los años lo han cambiado tanto que a veces me cuesta trabajo reconocerlo. Las montañas, el río, las ruinas del castillo, el canto incesante de los pájaros en el roble del jardín y el murmullo de la fuente de la plaza son los mismos. Y, sin embargo, ya no es lo que era. Julia, mi adorada Julia, la niña de largas trenzas por la que suspiraba en mi juventud, ya no vive en la casona de piedra. Emigró con sus padres a Francia hace ya muchos años y desapareció bruscamente de mi vida. En la que fuera su casa, ahora hay un estanco donde también venden revistas y billetes para un autobús que sale de esa misma plaza cada hora y que entonces aún no existía. Quien tuviera que ir a la capital debía bajar primero hasta el valle por sus propios medios, generalmente en el carro de algún vecino que iba al mercado, y recorrer luego varios kilómetros hasta la estación para coger un tren. Sebastián vivía en una de las casitas dispersas por la ladera de la montaña. Sus padres tenían vacas y hacían un queso cremoso y picante en el paladar que me ofrecían cuando iba a visitarle. Los padres de Sebastián decidieron abandonar el pueblo cuando él se fue a vivir a Bilbao, para estar más cerca de él y cuidar de los nietos. Ahora, en lugar de la lechería, hay una fila de chalets adosados convertidos en alojamientos rurales en los que pasan sus vacaciones los turistas de toda España. Las calles empedradas del pueblo ahora están asfaltadas y las farolas que iluminan las calles, ya no dejan ver el cielo lleno de estrellas. Pero aquí, junto a la cruz de hierro, el tiempo parece haberse detenido y los cencerros del ganado y el silbido del viento hacen sonar en mis oídos la banda sonora de mi infancia.